

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

MARI CARMEN
 DIAGO EGAÑA



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

CRISTIAN ALLER
 MARTÍN



Pacto de silencio

Debe de ser cierto eso que dicen de que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Al menos, así lo siento yo, aunque poco entiendo sus designios.

Nací en una noche sin estrellas y creo que, por eso, a veces mi alma se tiñe de una espesa negrura. Conozco la culpa y el arrepentimiento, pero el propósito de enmienda... me provoca tiritonas.

Siempre he creído que es una bendición tener sueños. He defendido que el maridaje entre talento y dedicación es patrón infalible para superar todos los obstáculos; pero he descubierto que la ambición de cada uno pelea a cuerpo descubierto contra toda la artillería de una realidad dominada por el poderoso caballero, la adulación y los destellos de una efímera celebridad. ¿Quién sabe del esfuerzo titánico de un Sisifo como yo que empuja la piedra de sus sueños alcanzando apenas la ladera, para resbalar de nuevo hasta el pie de la montaña?

Soy un profesor de literatura clásica enamorado de la palabra. Un lector voraz. Un experimentador de sugerencias verbales que descubrió en sus años universitarios que toda la magia está en la manera de narrar que debe ser, a mi juicio, una sugestiva danza de sintagmas con velos subordinados. Empecé escribiendo relatos cortos que no pasaban de amenizar mis tardes de hastío. Me presenté a concursos con resultados que inflaron mi ego, me aportaron un dinero extra y me proporcionaron cierta fama en mi ciudad. Hasta que me sumergí de lleno en la novela, que es el género en el que me encuentro cómodo. Quise probar suerte enviando mis manuscritos a las editoriales más relevantes del país, pero, aparte de su silencio, solo conseguí ser presa de una terrible frustración que me hizo dudar de mi capacidad. Fue tan decepcionante asimilar que los grandes sellos no apuestan por escritores noveles que dejé de intentarlo y decidí volver a los concursos.

Conocí al escritor Sempronio Rojas en la entrega de un certamen de novela que ganó hace algo más de un lustro. Tinerfeño afincado en Madrid, erudito sexagenario, autor de obras tan aplaudidas como «El mar en tu sangre», «Cuando dan las diez» o «Amor Amarís». Novelas de una calidad exquisita, de riquísimo léxico, impecable dominio de técnicas vanguardistas y con un manejo de los personajes a la altura de Dickens o Galdós.

Confieso que conocerlo en persona me decepcionó un poco. Lo vi mermado, falto de ese vigor que yo suponía. Supe, al final de la celebración, que desde que murió su esposa no había vuelto a ser el mismo. Aun así, fue sublime estrechar la mano del hombre que tanta vida había dado a mis horas. Sentí en ese momento el deseo de proponerle un café o una tarde de charla para otro día, pero el respeto, mi carácter apocado y el reclamo de los periodistas para la foto de prensa me lo impidieron; aunque reconozco que, durante el trayecto de vuelta a Valladolid, la corazonada de volver a vernos, no me abandonó.

Dios escribe con renglones rectos cuando tiene el día contento, sin duda. Apenas había pasado una semana desde la ceremonia de entrega de los premios cuando Sempronio me llamó por teléfono. Mi sorpresa fue mayúscula. Y mi gratitud a las diosas Moiras por esta maravillosa confabulación, inagotable.

Aquel sábado de primavera visité su casa

por primera vez. Era una casa enorme decorada con una sencillez tan delicada que la sensación de acogimiento arrojaba nada más cruzar el umbral. Me pareció pisar el cielo cuando entré en su estudio. Me recibió su hermana Julia que me contó que desde que murió su cuñada Eloísa, su hermano no era ni la sombra de lo que fue. Iban a cumplirse seis años del fallecimiento y, desde entonces, nadie había conseguido animarlo a retomar la escritura, ni a viajar, ni a visitar a los amigos o a recibir visitas.

«Ella lo era todo para él y cuando la muerte le sobrevino por un súbito derrame cerebral todo su mundo se apagó. Hizo de su sufrimiento un caparazón de efervescente aislamiento y aflicción. Pasó meses encerrado en su cuarto sin subir las persianas, sin apenas comer o dormir. Por eso yo, que soy soltera, decidí trasladarme a vivir con él. Cerramos esta casa y volvimos a nuestra isla, pero ni aun así conseguí que regresase a la vida. Vagaba por la casa y por el jardín como alma en pena rogando a Dios que acelerase la hora de su partida. Encontró consuelo en la iglesia y se volvió un fanático devoto con manías que me tenían en vilo día y noche. Comenzó a leer las Sagradas Escrituras y arraigó una amistad con el párroco hasta entonces inconcebible. Sus encuentros fueron ganando regularidad y sus charlas comenzaron a alargarse hasta bien entrada la noche, casi rozando el amanecer, precedidas de una copiosa cena y acompañadas después por whisky escocés. Perdió todas sus amistades. Conmigo apenas cruzaba cuatro palabras, aunque nunca me prohibió salir al cine o al teatro, ni me negó un pipero o algún capricho. Un día llegó una carta del banco; nuestra situación era crítica. Entonces me planté y volvimos a Madrid. Un buen amigo lo convenció para que retomase la escritura no solo por su salud mental, sino también por la de nuestras cuentas. Pero fue incapaz. Le faltaba su musa: borrones, juramentos y maldiciones atravesaban las paredes y salían de él con la furia de un látigo sacudido por la desesperación más profunda. Cuando escribía, Eloísa siempre estaba en el estudio con él, sentada en esa mecedora con su ganchillo o sus lecturas. Él la observaba durante un buen rato y de inmediato hervían en su cabeza historias a las que daba cuerpo en una danza sagrada de verbos y pronombres. Hace siete meses aceptó ser jurado del concurso que has ganado. Y cuando descubrió tu novela entre los centenares de manuscritos que llegaron, el brillo que habían perdido sus ojos comenzó a centellear».

Sempronio apareció con la melancolía dibujada en la sonrisa, aun así, me pareció un hombre distinto al que conocí el día de la entrega de los premios. Necesité dos copas de su exquisito whisky escocés para asimilar su propuesta. Mi perplejidad no tenía parangón. Acepté el trato: yo escribía, cobraba y desaparecía. Él firmaba, tenía los derechos y la fama. No más encuentros de los necesarios. Pacto de silencio.

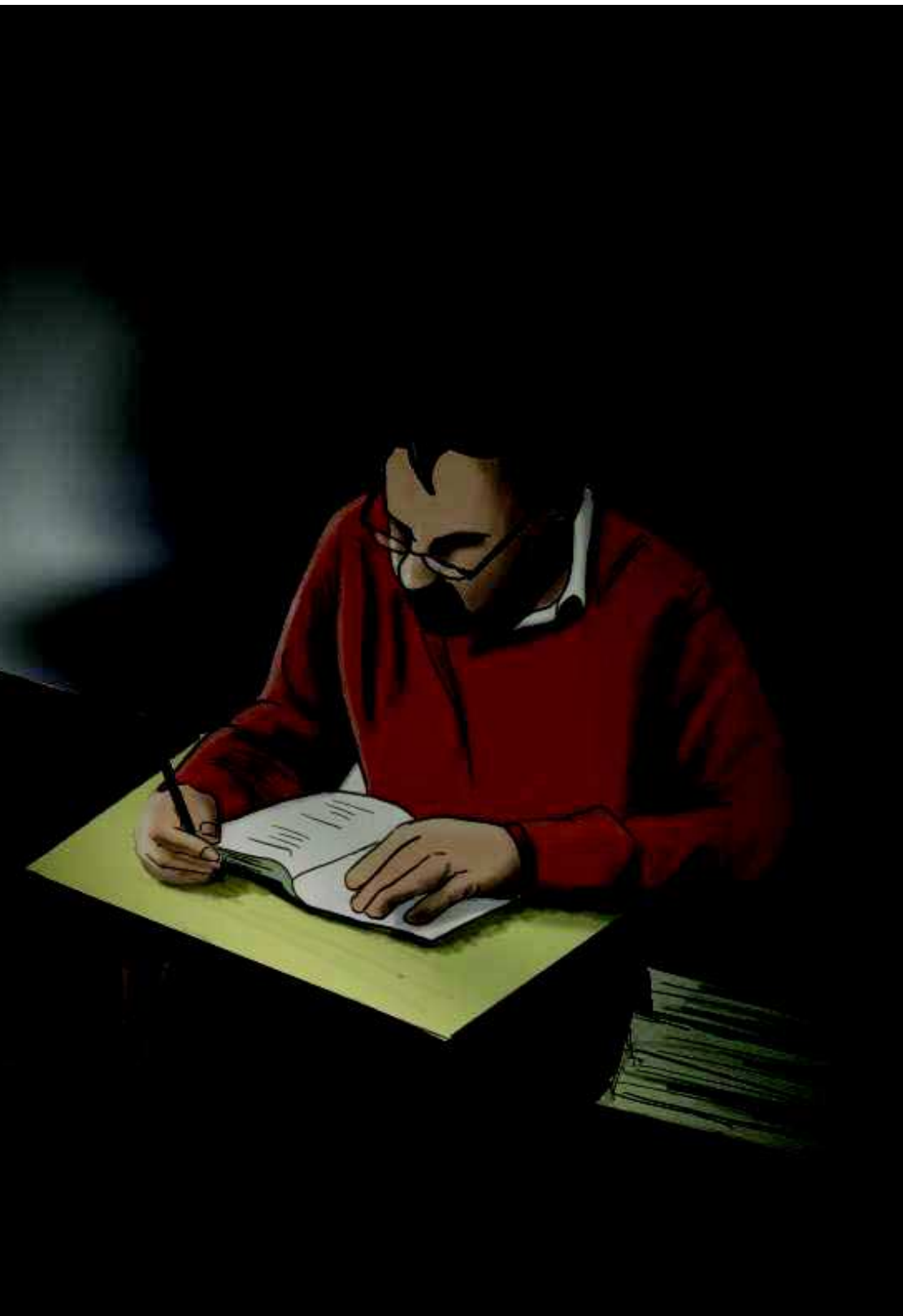
Trabajamos perfectamente coordinados durante cinco años sacando una novela cada trece meses. Él recuperó su fama y remontó su carrera superando con creces las previsiones iniciales. Ganó dinero a manos llenas y volvió a lucir el empuje que siempre tuvo, solo mermado por las incidencias de la edad, apenas perceptibles.

Yo me convertí en el niño de los caprichos. Reconozco que mi personalidad se adaptó aviadamente a mis nuevas circunstancias. De día acudía a mi trabajo, daba mis clases y me relacionaba con mis compañeros como siempre lo había hecho, pero en mi tiempo libre, me descubrí a mí mismo como un amante insaciable de todos los placeres. Salvo los meses de escritura intensiva, que limitaban mi vida del trabajo a casa y de casa al trabajo, los meses de promoción, que no me correspondían, me mimaba comprando buena ropa, el último modelo de móvil, una moto u otro coche. Comía en selectos restaurantes, viajaba y tontaba con toda mujer que sucumbiera a tan dulces tentaciones, eso sí, sin promesas ni compromisos serios. Disfrutaba hasta el hastío de las bondades que el mundo me ofrecía y que jamás había conocido con mi ajustado sueldo de profesor, una hipoteca y otras tantas letras bailando en mi cuenta. Conseguí compaginar las dos caras de mi doble vida sin sobresaltos. Tenía muy interiorizado quién era en cada momento. Al principio, deslumbrado por los deleites que mi nuevo estatus económico me permitía, no me importaba saber que Sempronio estaba llenando sus arcas a mansalva. Su renacimiento como hombre no solo había tapado las bocas maliciosas que años atrás lo tacharon de vencido, sino que desató una oleada de simpatizantes que convirtió su experiencia en un ejemplificador caso de superación. Como escritor, su resurrección lo elevó a la más alta de las esferas de la veneración. Era inevitable que con el paso del tiempo yo tomase por migajas el dinero que me pagaba, más aún, teniendo en cuenta que callar que yo era el único autor de tan excelsa obra, comenzó a ser un veneno que lentamente empezó a destruirme.

Aquella tarde fui a su casa con el propósito de adaptar las condiciones de nuestro acuerdo a los nuevos acontecimientos. Le pedí firmar la obra como coautor. Mi presentación en el mundo de las letras. Un reparto equitativo de los derechos. Exigí mi reconocimiento y más dinero. Él se negó. Nos acaloramos y, aunque no soy de conflictos, cuando sentí la cuchillada de sus palabras atravesando mi amor propio, una rabia irreprimible me poseyó nublando mi razón y dotando a mi cuerpo de una tensión demoníaca que quintuplicó mi fuerza: lo tiré al suelo y me lancé sobre él sentándole encima de su pecho, inmovilizando sus brazos con mis rodillas. Rodeé su pescuezo con las manos y hundí los pulgares debajo de su nuez, mientras mis ojos, fuera de sus cuencas, lanzaban a los suyos llamaradas de odio. Cambió el color de su tez. Un sonido abortado quedó atrapado en su garganta. Y nada más.

El tiempo se detuvo amortajado por un silencio sepulcral. No noté sus patadas en mi espalda, ni el dolor en la boca por la presión de mis dientes, ni el palpitio desbocado del corazón, ni el abultamiento de las venas hasta que me incorporé para levantarme. Descabalgué mi cuerpo del suyo y me quedé mirándolo inclemente hasta que una sucesión de náuseas me hizo vomitar.

Al día siguiente desperté en mi cama pasado el mediodía. Apenas recordaba cómo fui capaz de conducir casi toda la noche de vuelta a mi ciudad, Valladolid. Imágenes confusas se superponían en mi mente atormentándome



como la grotesca carcajada con la que Satán mortifica a las almas que esperan en la antesala del infierno, a pesar de que la posibilidad de que alguien nos relacionase era inexistente; habíamos llevado nuestra relación laboral con una discreción impecable, rehusando comunicarnos por teléfono, por email o por WhatsApp. No éramos amigos en las redes ni teníamos contactos en común, además, ese día él estaba solo en su casa y, por mi parte, nadie sabía que iba a visitarlo. Nos escribíamos cartas en las que yo le comentaba cómo avanzaba la novela; le enviaba capítulos esperando sugerencias y, después de leídas, las destruíamos, por lo que ni remotamente alguien podría sospechar que yo trabajaba para él. Su hermana Julia tampoco, puesto que desde nuestro primer encuentro jamás volvimos a coincidir y nunca supo de nuestros trapicheos.

El miedo a escuchar las noticias me provocó un ataque de ansiedad que se tradujo en fatigosa respiración, acelerados latidos de corazón y en un engrosamiento de la lengua que me impedía pronunciar correctamente; era como si no me cupiera en la boca y se inflase hasta el punto de impedirme tanto ensalivar como el paso del aire. Di vueltas por las habitaciones respirando como una parturienta hasta que reparé en el vinilo que atesoro en la estantería del salón y que ha sido la melodía de mi vida. Comenzó a sonar «Para Elisa». Mis pulsaciones bajaron, aunque por poco tiempo, porque parecía que tenía en la cabeza una cama elástica en la que pensamientos espeluznantes botaban y rebotaban. Voces nacidas en las entrañas de la culpa me estremecían con el martilleo de su rezongo. ¿Matar a un hombre al que no quería matar me convierte en un criminal? Encendí la tele.

Era noticia en todas las cadenas. Creí volverme loco. El miedo me provocó tal estado de enajenación que era incapaz de distinguir lo vivido de lo imaginado.

Volví a mi cama y me cubrí hasta la cabeza. Mi cuerpo albergaba un alma angustiada que anhelaba un purgatorio donde expiar su tormento. Carceleros inquisidores eran los pensamientos que fustigaban inclementes las entrañas de mi esencia: ¿Me entrego? ¿Abandono mi casa, mi trabajo? ¿Trato de olvidar? ¿Cambio de ciudad? ¿Sigo como si

nada? ¿Reclamo mi autoría? Mis huellas están en su cuello, en la copa de whisky, en el borrador del último capítulo. ¿Y si confieso? El espectro de mi cuerpo rehusaba la suave

caricia de las sábanas que olían a flores y mis carnes somatizaban un dolor que me llegaba del aliento del averno.

Falté al trabajo toda la semana. El teléfono, los wasaps y los timbraos en mi piso me obligaron a excusarme, pero mi estado de nerviosismo era tal, que solo conseguí preocupar más a mis compañeros de instituto y a algún que otro familiar.

No comía. No dormía. No pensaba. Cerraba los ojos y veía su cuerpo inerte. Los abría y en las paredes miles de óculos acusadores me condenaban. Voces procedentes de no sé dónde resonaban en mi cabeza llamándome homicida. Toda mi casa era el dibujo de su cara y la repetición de su nombre como una gota de agua sobre agua. Las paredes se hinchaban y deshinchaban. El techo descendía y volvía a elevarse.

Me desperté tirado en la alfombra del pasillo con olor a vómito, bilis, heces y magulladuras en todo el cuerpo. Eran las doce del mediodía. Tardé en desperezarme, pero cuando pude levantarme, como un autómatas programado, fui directo a la ducha. Salí de casa al anochecer. No tengo ningún recuerdo más de lo que hice durante esas horas.

Buenas noches:

Soy Lauro Guadalupe del Moro. Un hombre que, a pesar de ser bueno, confiesa haber matado a otro hombre.